

La Parábola del Sembrador

Un sermón sobre Mateo 13:3(b)

Por Rev. A. Moerkerken (sermón 326b)

Lectura Bíblica: 1 Corintios 11

Salterio 357:1-4

362:1, 2, 3

382:1, 2

381:3, 4

Introducción

Queridos amigos, las palabras de nuestro texto se encuentran en Mateo 13, versículo 3, la segunda parte, donde leemos: “*He aquí, el sembrador salió a sembrar*”.

Las palabras de nuestro texto tratan de

La Parábola del Sembrador

Al considerar este tema, vamos a considerar tres puntos principales:

- 1. El trabajo diligente;**
- 2. El trabajo sin frutos; y**
- 3. El fruto otorgado.**

Las palabras de esta parábola nos hablan de un *trabajo diligente*. Así en nuestro primer pensamiento, veremos qué es lo que quiere decir el Señor Jesucristo cuando habla del “sembrador”, del campo, de la semilla, y del trabajo de sembrar. También vamos a considerar por qué el Señor Jesús empleó esta imagen para hablar acerca de Su reino.

En nuestro segundo pensamiento hablaremos acerca de un *esfuerzo inútil*. Vamos a considerar la semilla que cae junto al camino, o en pedregales, o entre espinos. Veremos que el Señor así señala a tres clases de oyentes: los oyentes no afectados, los oyentes que se conmueven rápidamente, y los oyentes que son de doble corazón.

En nuestro tercer pensamiento, vamos a considerar el fruto otorgado, y así veremos que hay una porción de la semilla que sí cae en buena tierra. Debemos preguntarnos: ¿Qué significa esta buena tierra? ¿Es esta tierra buena mejor que cualquier otra tierra? Es decir, ¿hay algo en esa tierra que sea *mejor* que otra tierra? Y, ¿qué significa el Señor cuando emplea la palabra “buena” para describir la tierra? Luego, ¿qué significa el fruto? ¿Qué quiere decir Jesús cuando dice que algunos llevan fruto, uno a ciento, otro a sesenta, y otra a treinta por uno.

PRIMER PENSAMIENTO

Jesús estaba en una barca en el Mar de Galilea, y toda la gente estaba en la playa escuchándole, y Jesús relata la parábola del sembrador. En esta parábola y la explicación de la parábola, leemos que los discípulos preguntaron a Jesús: “¿Por qué hablas por parábolas?” (v. 10) Amigos, hay muchas personas que tienen un concepto erróneo en cuanto a las parábolas de Jesús. Muchos piensan que son relatos sencillos para explicar doctrinas difíciles. Sin embargo, ¡no es así, amigos! Más bien, Jesús comenzó a hablar por parábolas como un *juicio* para la gente que Le escuchaba. A la gente no le gustaba Su predicación, y quería escuchar algo más agradable. Y, es así que Jesús comenzó a hablar en parábolas, y por eso Él dijo a los discípulos: “*Porque a vosotros es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado*” (v. 11). A la gente que escuchaba las parábolas le gustó mucho que Jesús predicara en parábolas; sin embargo, ¡de hecho no *entendía* lo que decía Jesús! La predicación por medio de parábolas fue un juicio sobre la dureza del corazón. Es por esto que Jesús dijo a Sus discípulos: “*Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más, pero el que no tiene, aun lo que tiene le será quitado*” (v. 12). Esto significa que los que tenían la gracia de Dios en el corazón recibirán una bendición bajo la predicación de las parábolas, pero para los que no tenían la gracia ni la deseaban, y para aquellos que eran indiferentes bajo la predicación, ahora se les quitaría aun el entendimiento, como dice en versículo 13: “*Por eso les hablo en parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden*”.

“*He aquí, el sembrador salió a sembrar*”. Con estas palabras Jesús comienza esta parábola. Cuando el Señor Jesús relata esta parábola, lo hace especialmente para Sus discípulos. Muy pronto ellos llegarían a ser Sus apóstoles, y comenzarían a predicar en todo el mundo. Jesús sabe que cuando salgan a predicar los apóstoles, habrá dos peligros para ellos. El primer peligro es que ellos tendrían muy grandes expectativas y esperarían que muchos fueran ganados a Cristo

por medio de su predicación. El otro peligro es que serían muy desanimados cuando no verían muchos frutos como el resultado de su predicación. Cada pastor que es verdaderamente llamado por Dios experimentará estos mismos peligros, y especialmente cuando recién comienza sus labores en el reino de Dios. Cuando reciben de Dios mucha ayuda en la predicación, piensan que seguramente muchos serán convertidos. Sin embargo, una y otra vez, semana tras semana, predicán y predicán sin oír de apenas ninguna impresión espiritual. Es entonces que aparece el otro peligro: la decepción y el desánimo. El pastor comienza a pensar que no habrá ningún fruto de su predicación. Es por esto que Jesús predica esta parábola; Él quiere advertirles de que la mayoría de su trabajo les parecería inútil, y no verían muchos frutos. Sin embargo, por otro lado Cristo quiere recordarles de que el Señor ha prometido que Su Palabra nunca Le volverá a Él vacía, sino que haría lo que Él quiere, y sería prosperada en aquello para que Él la envía. ¡Qué palabras de instrucción no sólo para los pastores y los que tienen cargos en la iglesia, sino para toda la congregación esta mañana!

“He aquí, el sembrador salió a sembrar”. En nuestras mentes iremos a Israel en el tiempo de Cristo. En aquella tierra se siembran los campos en octubre, después de que haya pasado el verano caliente. Las primeras lluvias caen en noviembre. El granjero sabio no siembra demasiado temprano, porque en septiembre la semilla se quemaría por el sol ardiente. Tampoco no siembra demasiado tarde, porque al sembrar después de la lluvia sería un trabajo inútil. ¿Quién es este sembrador de la parábola? ¿A quién se refiere Jesús cuando habla del sembrador? En aquel tiempo no había un solo sembrador, sino que muchos hacían el trabajo de sembrar un campo. Y es así en la Iglesia de Dios hasta el día de hoy, amigos: el Señor nunca deja que el campo de la Iglesia sea sembrado por un solo sembrador. Cada sembrador tenía su parte de

sembrar en los campos de Israel, tal como cada pastor tiene la parte que le es marcada para sembrar la Palabra de Dios.

Justo antes de las primeras lluvias de noviembre en Israel, el sembrador salía a sembrar. Ahí lo vemos salir con su bolsa llena de buena semilla. Una vez en el campo, echaría puñados de semilla sobre la tierra arada. Hoy en día, con las granjas muy grandes, el trabajo de sembrar es algo ruidoso con los sonidos de los tractores. Sin embargo, en Israel el trabajo del sembrador era algo muy silencioso; sólo se escuchaban los pájaros que seguían al sembrador para intentar a comer la semilla.

El sembrador de esta parábola es una imagen, en primer lugar, de Cristo Mismo, el Gran Sembrador. Sin embargo, también es una imagen de todos aquellos que han sembrado la Palabra de Dios en el Nombre de Cristo. ¿Qué significa la semilla? La semilla representa la *doctrina del Santo Evangelio*. Y el trabajo de sembrar, ese trabajo tan silencioso, significa la labor que se hace en el Reino de Dios, donde los pastores, los ancianos y los diáconos siembran la semilla de la Palabra de Dios. Amigos, siempre recuerden algo muy importante: no es el sembrador que sea lo más importante en este trabajo. ¿Acaso leemos el nombre del sembrador en esta parábola? No, solamente nos habla de un sembrador. Hoy en día en la Iglesia, muchas veces el uno prefiere *este* pastor, mientras el otro dice que le gusta más escuchar a *aquel* pastor. Y peor aún, si un pastor tiene ciertos dones que Dios le ha dado, muchas veces pensamos que bajo su predicación de *él* vamos a ser convertidos, mucho más rápidamente que bajo la predicación de un pastor con menos dones. Oh amigos, ¡el sembrador de esta parábola ni lleva nombre! No es el sembrador que pueda dar frutos, ni es él que importa. Lo único y lo más importante es el fruto que da Dios, y esto para Su propia gloria. El sembrador, el pastor, no es más que una persona empleada por Dios para sembrar la semilla, pero en fin lo importante no es quien sea él o cuántos dones tenga.

¿Dónde se lleva a cabo esta sembradura de la Palabra de Dios? En primer lugar se lleva a cabo en la iglesia cada domingo. Niños y jóvenes y adultos, ustedes han venido a la iglesia esta mañana para que se cumpla lo que nos dice, que el sembrador saldrá a sembrar. La sembradura de la Palabra de Dios también se lleva a cabo durante la semana. Tanto en las clases de doctrina como en el colegio cristiano podemos decir lo mismo, que el sembrador sale a sembrar. También se lleva a cabo esta sembradura con las visitas a las casas, a los hospitales, a las cárceles o a los asilos de ancianos. Se lleva a cabo durante la visitación familiar, cuando los oficiales de la iglesia nos visitan no para charlar sobre las cosas de este mundo, sino para preguntarnos sobre los frutos que ha habido de la predicación de la Palabra de Dios.

El sembrador no es el responsable de dar los frutos, amigos. El sembrador tiene dos responsabilidades: en primer lugar, es responsable por la *semilla* con la cual siembra. ¿Siembra él con *toda* la buena semilla? ¿Predica él todo el consejo de Dios, tanto la Ley como el Evangelio? ¿Habla él de la muerte en Adán y la vida en Jesucristo, y de la culpa del hombre y la gracia de Dios? O, ¿hay demasiado énfasis en una parte o la otra? En segundo lugar el sembrador es responsable por *sembrar*. ¿Siembra él en todo el campo, o solamente en una parte de ello? ¿Solamente siembra él en la parte donde espera fruto, o también siembra en la parte más dura donde él no espera nada de fruto? ¿Solamente visita el sembrador al pueblo de Dios, o visita a todos los miembros? ¿Sólo visita el sembrador a las familias donde hablan muy bien de él, o también visita a las familias donde lo critican, donde no lo quieren, o donde hay oposición y resistencia? Oh amigos, ¡el sembrador es responsable por *todo* el campo, no solamente la parte que él quiere!

Así es que nuestro primer pensamiento nos ha hablado acerca del *trabajo diligente* que debe hacer el sembrador. De esta manera el Señor edifica Su Iglesia. No es por el poder ni por la

fuerza ni por los dones del sembrador, amigos, sino por medio del trabajo fiel y diligente del sembrador por el cual el Señor desea edificar Su Iglesia en todo el mundo. No es por medio de palabras hermosas y suaves, ni por toda clase de programas para atraer a los jóvenes, ni por la belleza de las canciones, que el Señor bendiga la sembradura de Su Palabra. ¡De ninguna manera! El Señor obra a través de la sembradura fiel y diligente de la buena semilla.

En nuestro segundo pensamiento, vamos a ver que la gran parte del trabajo del sembrador será un *trabajo sin frutos*.

SEGUNDO PENSAMIENTO

En nuestro segundo pensamiento, veremos que el Señor nos presenta tres clases de oyentes que no llevan ningún fruto después de la sembradura. Vamos a considerar a los oyentes que no son afectados por la predicación, los oyentes que se conmueven rápidamente después de oír la predicación, y los oyentes que son de doble corazón, aún después de haber oído la predicación de la Palabra de Dios.

“Y mientras sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino, y vinieron las aves y la comieron” (v.4). Aquí nos dice que una parte de la semilla cayó *junto al* camino. No dice que la semilla haya caído *en* el camino, sino *junto al* camino. Esto se refiere a la parte del campo que colinda con el camino. Obviamente el sembrador no va a sembrar en el camino mismo; sin embargo, hay una porción del campo que llega hasta el mismo camino, y el sembrador sí va a sembrar ahí, porque realmente pertenece al campo. Sin embargo, ese terreno está muy duro, porque muchas personas que andaban en el camino han pisoteado esta parte del campo también. Cuando el sembrador siembra la semilla ahí, muy pronto llegan y la comen.

¿A quiénes se refiere esta tierra que está junto al camino, donde las aves vienen y comen la semilla? *“Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo, y arrebatada lo*

que fe sembrado en su corazón” (v. 19). ¿A quién se refiere Jesús al decir esto? ¿Son los mundanos, o tal vez los burladores? ¡De ninguna manera! Aquí se refiere a gente decente, y personas que no dejan su asiento vacío en la iglesia. Podemos decir incluso que han desgastado su lugar en el banco de la iglesia por haber sentado ahí tantas veces. Han vivido bajo el son del Evangelio desde su juventud. Sin embargo, estas personas nunca han sido afectadas por la predicación; más bien, se han endurecido. Son aquellas personas que están sentadas en la iglesia mirando a los demás con pensamientos como: “¿Tiene esa mujer un nuevo vestido hoy? Debe haber sido caro.” O tal vez están pensando: “¿Dónde estará Fulano esta mañana; estará enfermo?” O aún pueden estar pensando: “¿Será que me he olvidado de cerrar la puerta de la casa cuando salí esta mañana?” Oh amigos, por favor no se ofendan de lo que digo, pero ¿no es cierto que muchas veces estos pensamientos están en nuestras mentes en la iglesia? ¿Acaso no son estos las aves que vienen y comen la misma semilla que está siendo sembrada, a veces mientras la sembradura misma?

Otras veces este tipo de oyente recibe una impresión momentánea bajo la predicación. Tal vez un sermón sobre la brevedad de la vida lo deja con un pensamiento sobre la seriedad de la vida. Sin embargo, al salir de la iglesia, este oyente se encuentra con un amigo, y se ponen a charlar juntos sobre el clima y la escasez o cantidad de lluvia, y dentro de un momento la impresión que recibió en la iglesia se desvanece. La Biblia nos dice que “...viene el **malo**...” Oh amigos, si hay una cosa que teme Satanás es la semilla de la Palabra de Dios. Él no tiene miedo ni de ti ni de mí, pero sí tiene mucho miedo de la Palabra de Dios, porque sabe cuánto poder tiene. Pues, si el Espíritu la acompaña, “*La palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos*” (Hebreos 4:12). Por eso, Satanás no quiere que la semilla quede en la mente por ni siquiera una hora, y él hace lo posible de arrebatarla.

Es así que tantas personas se envejecen y se endurecen a la misma vez. Una vez un pastor comparó a este tipo de oyente con el perro que vive en una herrería, donde se trabaja con fuego. Al principio, el animal se asustó cuando las chispas del herrero cayeron cerca; sin embargo, poco a poco se va acostumbrando a las chispas, y al fin puede dormir tranquilamente a lado del fuego del herrero. Esta imagen describe al oyente no afectado, cuya consciencia ya no está conmovida bajo la predicación. El pastor puede predicar sobre la seriedad de pasar la eternidad en el infierno, pero el mensaje no afecta ni toca el corazón de este tipo de oyente; más bien, no hay siquiera una lágrima. Estas personas normalmente se jactan sobre cuánto saben acerca de la doctrina, pero la predicación de esta misma doctrina no las afectan. Incluso tales personas pueden llegar a la hora de su muerte y no estar afectadas en absoluto. ¡Qué terrible, mis amigos!

Hay otra clase de oyente que es totalmente distinto. La Biblia nos dice que había otra semilla que cayó en pedregales. Esto no se refiere a una piedra suelta aquí o allí en el campo, sino que significa un terreno donde existe una capa de piedra bien por debajo de la superficie. Este terreno no contiene mucha tierra, y no hay espacio para que crezca la raíz de una planta. No obstante, el sembrador no puede ver la piedra, y él siembra la semilla allí también. Muy pronto brota la semilla en esta tierra, y la raíz intenta a crecer hacia abajo, pero debido a que no hay profundidad de la tierra, no se puede. La planta crece hacia arriba, pero es una planta muy débil y sin agua, pues no puede sacar agua de la piedra debajo. Al salir el sol en su ardor, esta planta se quema, se marchita, y muere.

El Señor Jesús nos dice a qué clase de oyente se refiere esta semilla en el versículos 20 y 21: *“Y el que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza”*. Esto se refiere al creyente “temporal”, a

alguien que tiene la fe temporal. Como nos dice la Palabra de Dios, “al momento” reciben el mensaje con gozo. Son personas que se conmueven muy fácilmente, e incluso lloran al escuchar un mensaje solemne. En sí, no es malo ser emocional; de hecho, hay personas que lloran muy pronto, y es mejor ser así que ser frío y duro como una piedra. Sin embargo, ese tipo de oyente puede estar llorando en la iglesia bajo la predicación, pero al salir de la iglesia, ya está riéndose con sus amigos. Si el mensaje toca las *emociones* de uno, es muy distinto de ser tocado al *corazón* por el Espíritu Santo. Hay muchas personas que basan la supuesta fe que dicen tener en el hecho de que lloran bajo la predicación.

Hoy en día este tipo de religión “sensacional” es muy de moda; ¡cuántos son que hoy dicen “aceptar” a Jesús con mucha emoción, pero mañana están de nuevo en los placeres del mundo! Por un tiempo están tan convertidos (o así piensan), y son aquellos que cantan fuerte sobre su supuesta redención. Sin embargo, no se nota en ellos el respeto y la reverencia hacia Dios y hacia Su Palabra, ni tampoco hablan de la gran carga de su pecado, ni de la seriedad de la muerte y la eternidad. Al contrario, sólo quieren hablar de la gran bondad de Dios y cuánta fe poseen. Y al fin, leemos que al llegar la aflicción o la persecución, luego tropiezan. Es como dice el apóstol Pedro: *“Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno”* (2 de Pedro 2:22).

Todavía hay otra clase de oyente: el Señor habla acerca de aquellos que son de doble corazón. Leemos: *“Y otro cayó en espinos; y los espinos crecieron, y la ahogaron”* (v. 7). Para entender esto, es necesario explicar los espinos que crecían en Israel en aquel tiempo. Eran arbustos con raíces muy profundas, y el sembrador iba quemándolos antes de sembrar, y luego cortaba las raíces con su el arado. ¿Cómo es, entonces, que la Biblia nos dice que alguna semilla cayó entre espinos? ¿Acaso el granjero no los había quemado de antemano? Oh amigos, lo que

no sabía el sembrador era que el aro no había cortado lo suficiente profundo, y las raíces del espino comenzaban a brotar de nuevo. Muy pronto crecía el espino y ahogaba las plantas de la buena semilla.

¿A quiénes se refiere este ejemplo de los espinos? Leemos lo que nos explica el Señor Jesús: *“Éste es el que oye la palabra, pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa”* (v. 22). Estas son las personas que han experimentado algún cambio en su vida. Podemos decir que antes estas personas eran como espinos mismos, pues solamente se ocupaban de los afanes y los placeres de este mundo. Antes sólo se preocupaban de su carrera, de su negocio, de sus estudios, o peor aún, de los placeres pecaminosos del mundo. Sin embargo, en algún momento ha habido un cambio en la vida de estas personas, y podemos decir que quemaron los espinos. En cambio de ser indiferentes ante la predicación, llegó un momento cuando se convirtieron del mundo a la iglesia. Desapareció la enemistad que tenían en cuanto a la Palabra de Dios, y luego comenzaron a leer la Biblia y los escritos de nuestros antepasados. Dejaron sus amigos mundanos y comenzaron a actuarse muy piadosamente. Todos los demás se fijaron en eso, y hablaron del gran cambio que ha habido en estas personas.

Sin embargo, queridos amigos, ¡qué terrible! En lo profundo del alma de aquellos, las raíces de su vida anterior viven aún. Ni los ancianos ni el pastor se dan cuenta de esto, porque estas personas parecen ser muy serias y sinceras en su devoción. No obstante, nunca ha habido en su corazón la tristeza que es según Dios. De hecho, esta gente se puede comparar a Orfa, quien andaba con Rut hacia la frontera de Israel, pero luego se volvió a Moab y a los ídolos de este mundo otra vez. Hubo un cambio en la vida de estas personas, y a pesar de que vivan una vida muy seria por mucho tiempo, el cambio no ha sido duradero. Poco a poco los espinos brotan de nuevo. Oh amigos, sin lugar a dudas este tipo de oyentes de doble corazón está en medio de

nosotros esta mañana. Iré aún más cerca: si somos sinceros, diremos que este tipo de oyente a veces se encuentra en nuestro propio corazón. ¿No es el gran temor del pueblo de Dios que algún día el pecado que hacía antes llegue a brotar de nuevo en su vida? Oh, ¡es sólo por la gracia de Dios que podemos ser guardados hasta el fin!

Como los espinos en el campo, este cambio en la vida de las personas de doble corazón es algo que ocurre muy gradualmente. Si antes la persona no estaba ausente para ningún culto, poco a poco la asistencia a la iglesia pasa de ser un gozo a una carga, y el resultado se ve: de vez en cuando no asisten el culto de la noche; luego ocurre más frecuentemente, y así va pasando de mal en peor. Como antes habían echado la televisión de sus casas en su celo para la Iglesia, ahora han vuelto a comprar un televisor, con la excusa de que solamente miran las cosas buenas. ¿Ven ustedes cuán engañosamente los espinos de este mundo comienzan a ahogar la planta de la buena semilla? No es que la verdadera obra de Dios pueda ser quitado de ellos; es que nunca había la verdadera obra de Dios en el corazón, por más piadosos que estas personas se manifestaron. Oh, ¿qué dice las Escrituras de estas personas? *“Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero, porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado”* (2 de Pedro 2:20, 21).

Tal vez hay algunos de ustedes que ya están muy desanimados después de haber escuchado acerca de tantas formas de recibir la semilla y todavía perderse para la eternidad. Sin embargo, el Señor Jesús no nos deja sin esperanza aquí, sino que habla también de una parte de la semilla que cayó en *buena tierra*. En nuestro tercer pensamiento consideramos ***los frutos otorgados***, pero primeramente vamos a cantar del **Salterio 382, las estrofas 1 y 2**.

TERCER PENSAMIENTO

¡Cómo los pastores y obreros en la viña de Dios quieren ver los frutos de su trabajo de sembrar! Sin embargo, amigos, no es que los pastores tengan derecho a ver frutos sobre sus labores. Ellos tienen que orar que Dios les dé la gracia para someterse bajo Su voluntad, y para ser como barro en las Manos del Gran Alfarero (Jeremías 18:6). Es cierto que a cada pastor verdadero le gusta ver una iglesia llena y mucho fruto en su trabajo. Sin embargo, el Señor dice: *“Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero”* (Isaías 46:10). No obstante, también el Señor promete que Su Palabra no Le volverá vacía, y por lo tanto, por la gracia de Dios leemos que hay una semilla que cae en buena tierra, en el tiempo de Dios, y da fruto verdadero a la gloria de Dios.

“Pero parte cayó en buena tierra, y dio fruto, cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno” (v. 8). ¿Buena tierra? ¿Acaso esa tierra era mejor que las otras partes de la tierra donde solamente había espinos y piedras? ¡De ninguna manera! Esta “buena tierra” se refiere a una tierra que ha sido bien preparada. El arado ha ido muy profundo, y los espinos han sido quemados. Ya sabemos que la buena semilla se refiere a la Palabra de Dios y las doctrinas del Santo Evangelio. No obstante, queridos amigos, antes de que el Evangelio pueda echar raíces, es necesario que la Ley de Dios haga su tarea. Cuando el Señor convence del pecado por medio de la Ley y a través del Espíritu Santo, el corazón llega a ser una tierra preparada para la semilla del Santo Evangelio. Una vez que el arado de la Ley, obrado por el Espíritu Santo, hace que el corazón sea contrito y humilde, la tierra recibe por el Mismo Espíritu la buena semilla de la Palabra, el mensaje del Santo Evangelio.

Sólo Dios sabe si hoy, en nuestra congregación, hay un corazón que es una tierra preparada por la buena semilla. Si hay aquellos en medio de nosotros que verdaderamente tiene el corazón

humilde y el espíritu quebrantado, tales personas no tienen a sí mismo en alta estima. Al contrario, el pueblo de Dios, por la obra descubridora del Espíritu Santo, han sido convencidos por la Ley de su culpa y pecado, y este pueblo sabe que está perdido. Para tales personas, su pecado es una gran ofensa ante los ojos de un Dios Santo y Justo. Para estas personas, hay una brecha entre Dios y su alma, y esta brecha llega a ser más profunda y más ancha que el mar. ¿Sabes tú algo de esto, amigo? ¿Has llegado a conocer tu estado perdido fuera de Dios?

Oh queridos amigos, *esta* es la buena tierra que está preparada para la buena semilla. Leemos en nuestro capítulo: “*Mas el que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye y entiende la palabra, y da fruto, y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno*” (v. 23). Sí, amigos, algo de esta semilla cayó en buena tierra, no porque esa tierra haya sido mejor en sí mismo, sino por la obra soberana del Señor. Es un milagro de la gracia si la semilla brota, y en el tiempo de Dios, sea manifiesto en el fruto verdadero.

¿Qué quiere decir “...y produce a ciento, a sesenta, y a treinta por uno”? Significa que no todos los hijos de Dios dan los mismos frutos. Más bien, la obra de Dios se manifiesta en uno más que en otro, y eso también está en la santa voluntad de Dios. Hay algunas personas que son como verdaderas epístolas de la obra de Dios, y parece que son los que producen a ciento. He conocido a algunos hijos de Dios que no sólo habían aprendido tantas cosas espirituales, sino que también tenían el don de Dios para hablar a los demás en una manera que edificaba y daba toda la gloria a Dios. Sin embargo, no todos los hijos son iguales, y el uno recibe dones que no recibe el otro.

Oh amigos, el hijo de Dios que lleva lo más fruto es él o ella que anda más en los pasos de Cristo, por la gracia de Dios. Hay algunos hijos de Dios que tienen mucho del Espíritu de Cristo, y yo creo que eso sí es una persona que produce a ciento, y todo a la gloria de Dios. Amén.